



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



13 de setiembre de 1890



Núm. 150



EL TREN

UN RATO DE CHARLA

PRÓXIMO á celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento de América, vulgo *de Colón*, han caído en la cuenta algunos ilustradísimos publicistas (como el Sr. F. Hardt,—apellido alemán que traducido al castellano significaría *Duro*,—y como el señor D. Francisco Barado) de que la Comisión había cometido ciertas incongruencias.

Era cosa que no podía menos de suceder tratándose de una *Comisión* oficial.

Vamos ahora á ver en qué consisten esas incongruencias de la referida Comisión.

Incongruencia 1ª. La Comisión ofrece un premio, muy crecido, al autor de la mejor obra en que se glorifique al que se llamó Almirante de las Indias, *cuidando de no deslustrar en nada la gloria del héroe.*

Puede caber, en efecto, que alguien pensara quizás en deslustrarla, no reconociendo en Colón á un verdadero *genio*; pero, aun con este pie forzado, la Comisión ha incurrido en un error, ya que se trata de conmemorar el centenario del *hallazgo de las Américas*, al suponer que *toda la gloria* pertenece á Cristóbal Colón. Algo, y aun mucho, les toca á otros, y hubiera estado más conforme con la justicia y con el patriotismo acordarse de los que apoyaron la idea y dieron lugar á Colón á llevarla adelante, esto es, á los Pinzones (Martín, Francisco y Vicente Yáñez), á los Niños, á La Cosa y á los 120 marineros y soldados de Palos de Moguer que prestaron su indispensable concurso al navegante, poniendo en sus manos sus carabelas, vidas é intereses, sin olvidarnos de Fr. Julián Pérez de Marchena, del buen contador Alonso de Quintanilla y aun ¡qué diablos! de los mismos Reyes Católicos, que buscaron los cuartos, prestados á D. Fernando por su escribano de ración, Luis de Sant-Angel, que los tomó á su vez del tesoro de la Corona de Aragón.

Incongruencia 2ª. Se conceden 250,000 pesetas á Granada y otras 250,000 á Barcelona, y aun creo que se conceden ó quieren conceder otros miles á Sevilla, Salamanca y Valladolid, para que en dichos puntos se levanten monumentos á la memoria del inmortal marino. Y esto me recuerda un cantar que estuvo de moda hace muchos años en Madrid y decía:



La reina de las aves

Musiú Blondín
tiene un reloj
que da los cuartos,
las horas no.

Y, en efecto, Granada, Salamanca, Sevilla, Barcelona, Valladolid, etc., son *cuartos*, no acordándose la Comisión de las *horas*, esto es, del convento de la Rábida y del Puerto de Palos de Moguer.

¡Ah, señores! (estilo parlamentario). Ya que tratamos de conmemorar EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, conmemorémonos también nosotros además de conmemorar al glorioso náutico italiano, de lo cual ya se encargan de sobras los yankees; conmemoremos á nuestros bravos pilotos y marineros; vindiquemos la memoria del calumniado Martín Alonso Pinzón, quitándole la mala fama que le han puesto los colombófilos extranjeros y erigiéndole como protesta una estatua también en Recoletos; y al escribir una obra sobre el hallazgo de América sea tanto para honrar á Colón como para ensalzar á los nuestros y defender la memoria de Bobadilla, Ovando y Fonseca y desterrar para siempre las fábulas que los extranjeros han hecho correr sobre nuestro mal comportamiento con el descubridor de las islas Lucayas, que ¡vive Dios! no se portó tampoco como un santo con los españoles, como de ello puede dar buena prueba el vicario Fr. Bernardo Boil.

Por desgracia no será así: la memoria de nuestros valientes marinos de Palos continuará como hasta aquí eclipsada, despreciada ó calumniada, aquel puerto acabará por cegarse, y la Rábida se volverá á caer, mientras en Granada y en Barcelona, repito, se levantarán dos monumentuelos destinados á hacer olvidar el recuerdo de nuestra legítima gloria en el descubrimiento de América para que la monopolice por entero un hombre ilustre ciertamente, pero no tan ilustre quizás como Gutenberg, Miguel Servet, Newton ó Watt, inventores que todo lo debieron á sí mismos y nada á las circunstancias ó á lo que habían oído decir.

Mucho me he extendido, pero deseaba hacer notar que lo que va á celebrarse no será el IV centenario del descubrimiento de América por los españoles, sino la simple apoteosis de Cristóbal Colón, y no es lo mismo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



AVENTURAS DE UN NIÑO

No lo podía remediar; pero, efecto de su perversa educación ó resultado de su mal carácter, ello es que Juanito era un niño insufrible, impertinente y antipático como el que más.

De carácter violento, irascible y voluntarioso, trataba á sus semejantes con un desapego y desdén impropios de un niño de pocos años. Sus condiscípulos evitaban su roce, sus inferiores le miraban entre desconfiados y recelosos, y sus criados apenas si delante del muñeco se atrevían á levantar el diapasón. Ello es que, por pazguatos unos y por soberbios otros, entre todos hicieron el vacío en torno del tiranuelo, que, apenas nacido á la aurora de la vida, sentía agostarse su corazón como delicada flor abrasada por un sol tropical.

Y ¿en qué se fundaba la loca, la insensata altanería del chico? Pues en la más infundada de las causas: en la fortuna que disfrutaban sus padres y en el bienestar que le rodeaba. El defecto de Juanito era grave, pero la causa que lo motivaba era en cambio mucho peor.

Porque, vamos á ver: ¿con qué derecho puede un niño ufanarse y enorgullecerse porque sus padres sean ricos ó disfruten de excepcionales honores? Un niño discreto y razonable no debe preocuparse poco ni mucho por estas fruslerías: un hombre, menos. Los hombres harto saben que el *honor* no se hereda, sino que lo constituyen las acciones del individuo. La experiencia nos demuestra hasta la saciedad que un hombre salido de las más humildes esferas puede por medio de su talento, de su virtud y de su heroísmo elevarse hasta el más alto pedestal. En cambio el heredero de cien títulos, por medio del vicio y la depravación de sus costumbres, puede sepultar en el lodo su nombre con todos sus artificiosos esplendores.

Cuanto á las riquezas, su solidez no es más positiva, y el ser hijo de un padre millonario no garantiza á ningún hijo de no morir en la indigencia.

Pero volvamos á Juanito.

Él no era hijo de reyes ni mucho menos.

Era hijo de un bolsista afortunado, es decir, afortunado hasta el día que la fortuna le volvió la espalda: descortesía muy frecuente en esta señora, que por otra parte es de suyo muy dada á las grandes sorpresas, siendo de tal magnitud la que reservó al padre de Juanito, que de un solo golpe le arrebató cuanto tenía y cuanto no tenía también.

Persuadido de la magnitud de su desdicha, y al mismo tiempo de lo irremediable de ésta, el arruinado padre apeló al recurso extremo de huir, dejando á Juanito al cuidado de unos parientes que, por considerarlos de inferior condición, siempre distinguió el chico con sus más impertinentes desdenes.

La hermosa casa que con su padre ocupaba fué confiscada por sus numerosos acreedores y vendida en pública subasta junto con cuantos muebles y enseres contenía. Juanito no sacó de ella más que la ropa que llevaba puesta: ni uno de sus trajes ni uno de sus hermosos juguetes se le permitió sacar. Además sus tíos le dijeron de buenas á primeras:

—¿Juguetes? ¿Para qué los quieres? ¡A trabajar, grandullón!

—¿Trabajar? Y ¿en qué?—preguntaba el pobre niño entre confuso y sorprendido y como si no acabara de comprender bien el significado de aquellas palabras.

Pronto, sin embargo, lo comprendió.

Quince días habían transcurrido apenas desde que estalló la catástrofe de su casa, cuando Juanito, sustituido su elegante traje de marinero inglés por otro de modestísimo corte, entró en carácter de aprendiz en una tienda de ultramarinos.

Imposible pintar el desconsuelo de aquel desgraciado al verse reducido á tan humilde condición. ¡Él, el niño soberbio y altanero, el que con tan mortificante desdén trató siempre á sus semejantes, se veía forzosamente condenado á prestar ciega obediencia á los dependientes de aquel comercio, hijos todos de modestísimas familias! Su orgullo, mal domado aún, se rebelaba á veces á la adversidad de su destino; pero las consecuencias de su rebeldía solían costarle tan caras que no tuvo otro remedio que renunciar para siempre á reincidir.

No tenía amigos: si en días más felices para él no los tuvo, ¿cómo había de tenerlos en la adversidad? Además, agriado ásperamente su carácter á causa de la situación á que se veía reducido, los muchachos de su edad que hacían su aprendizaje en la misma tienda no perdonaban medio para herir su amor propio y mortificar su susceptibilidad.

Un día salió del comercio á fin de hacer un mandado. Iba triste y cariacacontecido. Como era costumbre en él, recordaba días mejores: su lujosa casa, sus magníficos juguetes, el hermoso *popey* que su padre le regalara el día de su santo y que cuantas veces montó fué objeto de general admiración por la seguridad y gallardía con que lo montaba; recordó aquellos trajes caprichosos y elegantes que le mandaban de París. Y afligido, emocionado por tales

recuerdos, una lágrima de profunda tristeza rodó por su hermoso semblante.

—No, así no puedo continuar,—se dijo con firme resolución; preguntándose en seguida:—Pero ¿qué voy á hacer?

Sentóse en un banco de piedra, y, triste y meditabundo, se entregó á toda suerte de reflexiones; pero sus anhelos no le resultaban. Decididamente no tenía otro remedio que seguir siendo aprendiz. Engolfado en sus tristes reflexiones, la algazara de un grupo de chiquillos despertó su atención. Se fijó en ellos y los miró con dulce melancolía.

Eran aquéllos una ola de infantiles alegrías que se replegaba junto á él para presenciar el paso de un batallón que, correctamente formado y precedido de una banda que henchía el aire con los acordes marciales de un paso militar, se dirigía hacia aquel sitio.

Para presenciar mejor el desfile, Juanito se empinó en el banco en que se había sentado, contemplando con verdadera fruición el paso de los soldados. ¿Qué sintió entonces el alma de aquel niño? Aquellos jefes montados en hermosos corceles, la severa marcialidad de los oficiales, la admirable uniformidad de los soldados, el gallardo ondular de las banderas, el brillo fulgurante de las bayonetas que, heridas por los rayos del sol, despedían centelleantes esplendores, y, sobre todo, la respetuosa simpatía con que todo el mundo los contemplaba á su paso, inspiraron á Juanito una idea tan atrevida como aventurada.

Resuelto y animado, echó á andar tras los soldados, penetrando en pos de ellos en el cuartel; y como se le advirtiera que allí no podía quedarse, el niño repuso con gran resolución:

—Sí que puedo: yo quiero ser soldado.

Una carcajada general acogió las palabras de Juanito, que, confuso y desconcertado, se echó á llorar.

Enterado de lo que ocurría, el oficial de guardia hizo venir al chico á su presencia, preguntándole con mucha dulzura:

—¿Por qué lloras, niño?

Juanito gimoteó unos instantes. Luego secó sus ojos, y, respondiendo á la amable invitación, expuso de nuevo su deseo. El había sido muy rico en otros tiempos, había tenido trajes de general y cascos adornados con águilas de dos cabezas, espadas brillantes y juguetes, que eran un primor. Un día su papá se marchó, se marchó tan lejos que no lo ha vuelto á ver. Luego unos parientes lo metieron á una tienda de ultramarinos, donde le pegaban y le trataban muy mal. Aquella tarde había salido él muy triste del comercio, como que estaba resuelto á no volver. Cuando lloraba, creyéndose abandonado, desfiló por allí el batallón. A medida que iba desfilando se creía menos solo, hasta el extremo de que al pasar los últimos se sintió fuertemente inclinado á seguirles. Ya dentro del cuartel, su vocación se reveló con fuerza indestructible. Estaba decidido: quería ser soldado.

El oficial, que le había oído con visible emoción, le preguntó:



El yacht



La canoa

—¿Cuántos años tienes, niño?

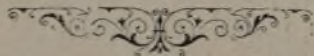
—Me faltan pocos meses para cumplir catorce.

—Entonces puedes entrar como corneta.

—¡Y salir como general!—contestó el chico con entusiasmo.

A los pocos días Juanito ingresaba como corneta en el regimiento de África, siendo recibido con grande agasajo por sus nuevos camaradas. La severidad de las ordenanzas dió al traste con los últimos resabios que le quedaban de *niño mimado*, resabios que no tardó en dar pronto en completo olvido, seguro como estaba de que habían sido siempre origen de su mal.

BENJAMÍN





— ¡Pues lo tomarás, aunque revientes!

EL COCHE MISTERIOSO

(A LA NIÑA CASILDA DEL RÍO Y CAPUA)

CUENTO

JUAN y Teresa tenían dos hijos: el mayor, Miguel, que contaba ya doce años; y la menor, Carolina, que acababa de cumplir seis. Como los padres se dedicaban á los trabajos del campo, pues la mujer ayudaba al marido en aquellas faenas, la niña quedaba siempre al cuidado de su hermano, encargando á éste que no la perdiera de vista, porque Carolina era tan traviesa como pacífico Miguel.

El pobre muchacho era esclavo de sus deberes, y á veces se veía burlado por la niña, que se salía á la calle para jugar con otras criaturas de su edad. Estas escapatorias causaban serios disgustos á Miguel, que antes de encontrar á su hermana ya imaginaba si se habría caído al pozo, si la habría atropellado algún caballo ó si la habría robado un gitano de aquellos que solían pasar por el lugar para vender una cabalgadura en la ciudad próxima, procurando engañar al más cándido de sus habitantes.

Una tarde Miguel se entretuvo leyendo un libro de cuentos que le había prestado el hijo del maestro de escuela, y, cuando echó de ver que había faltado á su obligación no vigilando á Carolina, halló, no sin espanto, que la silla donde había visto sentada por última vez á la niña estaba vacía, quedando junto á ella la muñeca de cartón que aquella había vestido con uno de sus trajes viejos.

Miguel soltó precipitadamente el libro, entró en la sala, en la cocina, en los dormitorios, registró los muebles, llamó con angustia á su hermana y salió luego al patio, donde encontró la puerta entornada.

—Por allí se ha escapado,—exclamó.

Daba á una calle estrecha, con escasos edificios. Vió á dos chiquillos que jugaban y les preguntó si habían visto á Carolina.

—Se ha ido en coche,—le contestó uno,—en un coche negro que acaba de pasar por aquí.

Miguel, sin pensar en que dejaba sola la casa y con la puerta del patio abierta, echó á correr hacia el camino de la ciudad y vió á bastante distancia un coche que se alejaba con alguna rapidez.

El muchacho era ágil y emprendió una carrera desesperada, tanto que llegó á alcanzar el carruaje antes de que pasara un cuarto de hora desde que le divisó.

Se fijó entonces en el coche. Estaba pintado de negro, excepto las ruedas, que eran amarillas. Iba herméticamente cerrado, y la portezuela que tenía

detrás parecía que llevaba echada una llave. Una cortina ocultaba el único cristal, que era de color entre azulado y verde; así es que en el interior debía reinar una oscuridad completa. Tiraban del coche dos caballos flacos y feos y les guiaba desde el pescante un negro, vestido con prendas encarnadas y amarillas.

A Miguel le impuso algún respeto aquel hombre, y apenas se atrevió á preguntarle si había visto á una niña, dando las señas de su hermana.

—En una calle estrecha,—contestó el negro,—la vi jugando en compañía de dos chicos.

Pero Miguel no creyó aquel engaño y decidió seguir al carruaje hasta que se agotasen sus fuerzas. Felizmente no necesitó andar mucho. Antes de llegar á la ciudad, el negro detuvo los caballos ante una posada de miserable aspecto, entró en el patio, desenganchó los caballos, y, abriendo la portezuela, hizo bajar á un anciano que vestía de un modo tan extraño como él. Cerró después de nuevo y ambos entraron en la sala, donde se hallaban ya algunos viajeros.

Miguel se escondió entre unos barriles vacíos, y cuando se alejaron los dos misteriosos personajes se aproximó al coche.

—¡Carolina!—exclamó.

Le pareció escuchar un lamento dentro del carruaje, pero por más que hizo no logró abrir la portezuela.

Volvió á ocultarse al ver que el negro entraba en el patio. Traía una cazuela con comida, y, metiéndose en el coche, la dejó allí, sin duda, pensó el niño, para que su hermana no se muriese de hambre.

—¡Quieta ó te pego!—dijo el negro con enfado, amenazando á alguien que Miguel no veía.—Si intentas salirte te costará caro.

El niño hubiese deseado defender á Carolina, que, según sospechaba, quería escaparse para ir á su encuentro; pero ¿qué podía él, débil y pequeño, contra aquel hombre que era una especie de gigante y que quizás estaría armado y vengaría su atrevimiento maltratando á la niña?

El negro se alejó de nuevo, y Miguel se acercó otra vez al coche para que su hermana supiese que él estaba allí y hasta cierto punto velaba por ella.

Carolina no le contestaba, pero Miguel lo atribuía al temor á que volviese el terrible negro.

Pasaron así algunas horas y el niño se durmió en un rincón del patio. Cuando se despertó empezaba á clarear el cielo. Se asomó á la sala de la posada y vió profundamente dormidos, apoyadas las cabezas sobre la mesa, al negro y al anciano.

Una idea cruzó por su mente: puesto que el coche tenía un cristal, ¿no podía romperlo y sacar por allí á su hermana?

Cogió una piedra y dió tan fuerte golpe que pronto quedó una abertura bastante grande para que pudiese pasar un niño.

Rápidamente saltaron por allí tres figuras pequeñas vestidas con trajes

encarnados: una se subió por las rejas de la casa hasta llegar al tejado; otra penetró en la sala y se puso á comer un resto de pan; en cuanto á la tercera, fué á ocultarse entre los barriles, temiendo, sin duda, un castigo. Miguel miró por el cristal roto el interior del coche y vió que no había nadie más en él. Al volverse encontró á su lado al terrible negro, que se había levantado hacía un instante.

—¡Al ladrón!—gritó cogiendo al chico por el cuello.

Al oír sus voces se despertaron el anciano y otros que dormían en la sala, y Miguel no vió en su derredor más que brazos levantados en ademán hostil y rostros amenazadores.

Contó lo ocurrido, pero casi nadie le atendió: sólo el viejo pareció darle algún crédito.

—Nosotros,—dijo á Miguel,—llevamos estos monos de pueblo en pueblo para que luzcan sus habilidades, que son muchas, sobre todo las de la mona que está en el tejado, y con lo que sacamos vivimos. Como aman la libertad, los llevamos encerrados en ese coche, mandado construir expresamente para nosotros y para ellos. Ahora, en castigo de tu falta, te encargarás de encerrar á los monos, tarea que no es fácil, y pagarás el cristal roto para que podamos seguir nuestro camino.

Miguel indicó que no tenía dinero; pero uno de los presentes, vidriero de oficio, se comprometió á poner el cristal, quedándose en cambio con la chaqueta del muchacho, que estaba casi nueva.

La idea de que cogiera á los monos fué de más difícil realización. El pobre niño anduvo en balde detrás de ellos durante algunas horas sin conseguir alcanzarlos. Al fin, como los monos tenían hambre, acudieron, para que les dieran de almorzar, á la voz de su amo, y éste después logró encerrarles de nuevo en el coche.

Miguel, convencido ya de que Carolina no había sido robada por el anciano y por el negro, emprendió, triste y cabizbajo, la vuelta al lugar. ¿Cómo se presentaría en su casa sin chaqueta, y qué razón daría que explicase la desaparición de su hermana?

Iba entregado á estos pensamientos cuando, antes de llegar al pueblo, vió un grupo numeroso que se dirigía en su busca. Al frente se hallaban sus padres y Carolina. Esta, al conocer al niño de lejos, echó á correr, abrazó á Miguel llorando y le dijo:

—¡Gracias á Dios que te encontramos! Perdóname, porque he sido muy mala para ti. Me escondí en la casa de Pedro y Marcelo, y les encargué que te hiciesen creer, cuando fueses á preguntar por mí, que me había ido en lo que llamaban en el pueblo *el coche misterioso*. Cuando supe que te habías marchado detrás del carruaje, te llamé á gritos, pero estabas ya lejos y no me oíste. Te esperé el resto de la tarde y toda la noche. Me dijeron nuestros padres que yo tendría la culpa si te había pasado algo, y no dejé de llorar ayer y hoy. Ya verás cómo soy buena: te prometo que no me escaparé de casa más.

Miguel besó á su hermanita y se arrojó luego en los brazos de sus padres, á quienes refirió en breves palabras lo ocurrido.



El molino

Carolina no faltó á lo que ofreciera: jamás salió á la calle sin permiso de Miguel. Si alguna vez estaba á punto de olvidarlo, su hermano le recordaba su extraña aventura, y la niña se sentaba de nuevo á coser ó á jugar con su muñeca de cartón.

Al año siguiente volvió al pueblo el negro guiando el coche misterioso; y los dos hombres y los tres monos dieron una función en la plaza, de la que aun guardan recuerdo los chicos del lugar, particularmente Miguel y Carolina. La niña miró con predilección á la mona con la que llegó á confundirla un instante su hermano cuando iba en el interior del carruaje.

JULIA DE ASENSI

••• NUESTROS GRABADOS •••

EL TREN

Cruza el tren majestuosamente por los fértiles campos, vehículo del progreso y propagador del bienestar, y ante su mole rápida y poderosa detiéndose los niños saludando alborozados al admirable símbolo de la fuerza domada por la inteligencia del hombre.

LA REINA DE LAS AVES

El artista nos presenta una escena verdaderamente terrorífica: un águila se dispone á despedazar á un infeliz carnero, mientras comparece un valiente perro, guardián de la manada, á disputarle su presa, ó, por mejor decir, á salvarla. La viveza con que está expresado el sangriento duelo constituye el mejor elogio de este dibujo.

EL YACHT.—LA CANOA

Los que tienen yacht pueden permitirse el lujo de viajar por todo el mundo sin salir de casa. Más modestos los propietarios de canoas, contentándose con dar unas vueltecitas por el lago ó por el río, sin que por eso sientan celos de lo que hacen los ricachos.

¡PUES LO TOMARÁS, AUNQUE REVIENTES!

El médico se ha empeñado en que la criatura ha de tragar la pócima, y lleno de ardimiento se brinda él mismo á servir de *introducción* de la poción.

La criatura, claro está, berrea, se resiste, arma un escándalo de mil demonios... ¡y puede que tenga razón!...

EL MOLINO

Nada más bello que ese paisaje: un molino junto á un profundo río lleno de pesca, árboles centenarios, la tranquilidad... ¿Qué más es menester para poder ser dichoso? ¡Felices esos molineros que, lejos del mundo y de sus vanidades y miserias, ven deslizarse su existencia en el seno de la Naturaleza, ni envidiosos ni envidiados!

EN LA PLAYA

Una playa de verdad, tal como la hizo Dios, sin adobes ni postizos. Á orillas del Océano críanse robustos los futuros héroes del mar, y ensáyanse des-

de sus más tiernos años á luchar con la falacia de las olas que ¡ay! quién sabe si un día habrán de tragárselos. Porque la mar es una gran devoradora de hombres.

JUANITO Y RAFAELA

(Continuación)

—Piensa, hermanita,—le dijo,—que pronto vas á ser una niña formal, hecha y derecha, y que vas á avergonzarte de no saber leer.

—Ya sé deletrear,—respondió ella.

—Bueno: ¿quieres pues, que te enseñe más? ¿quieres que te dé yo lecciones?

—Ciertamente que lo quisiera, Juanitín; pero ¿cómo nos las compondremos? Yo no voy allí.—Y, diciendo esto, señalaba con el dedo el balcón del gabinete de D.^a Emilia.

—Oye: voy á empezar mañana mismo á trabajar un par de horitas cada mañana mientras duren las vacaciones. Le pediré permiso á mamá para que me deje ir á escribir los deberes en la glorieta, y, como no se levanta nunca antes de las nueve, si quieres venirte á las siete, te haré leer durante veinte minutos.

—¡Vaya si iré! Los dos es muy diferente, ya ves tú. En primer lugar no me reñirás á gritos, y luego estaré contigo durante ese tiempo.

—Bravo; y como no podrás arreglártelas sola los primeros días, le dirás á Tula que te repase la lección.

—Eso es. Pero ¡mientras te dejen ir á la glorieta!

—¡Oh, sí! ¡Qué me ha de negar eso mamá! Yo te aseguro que mamá es muy buena.

—Para ti, en efecto, lo es,—dijo Rafaela.

Juanito le dió un beso sin reparar en aquellas palabras, pronunciadas lo más sencillamente del mundo y sin revelar la menor amargura.

No tardó Gertrudis en ir por la niña, y los dos hermanos se separaron muy contentos con la idea de volver á verse pronto.

No perdió Rafaelita un momento en contarle á su criada cómo Juanito iba á enseñarla á leer; cómo vería todos los días á su hermano, que tan bueno era, á quien tanto quería; y, por fin, tan contenta parecía que fué menester que Gertrudis tuviese todo el hipo que le tenía al favorito de D.^a Emilia para que no participase más vivamente de la alegría de la chiquilla.

Aquella inquina, sin embargo, no fué óbice á que por la noche le dijese á su querido niño que había visto cómo el criado llevaba á la glorieta una mesa, unos libros y varios enseres de escritorio.

Muy seguro, pues, de que había de encontrar á Juanito, fué el día siguiente Rafaela hacia la glorieta, donde le esperaba ya su hermano. No había tiempo

que perder, y al punto abrió Juanito un libro de cuentas que se había traído.

Curioso espectáculo era el de aquel arrapiezo de once años instruyendo á una arrapieza que aun no tenía siete, tanto mas en cuanto en aquella primera lección, lo mismo que en las que siguieron, la gravedad del maestro y la sumisión de la discípula no se desmintieron ni por un momento; tanto deseaban



En la playa

Juanito y Rafaela agradar á su madre y tanto deseaba Rafaela agradar á Juanito.

Tres semanas hacía que los dos niños se encontraban á la misma hora en la glorieta con la mayor exactitud, y, gracias á las lecciones que había recibido en casa de D.^a Encarnación y gracias á los cuidados que se tomaba Gertrudis por hacerla leer muchas veces cada día, leía ya Rafaela muy corrientemente, cuando una mañana, una vez llegada al sitio donde debía encontrarse con su hermano, vió que éste no parecía.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Alca de San Bernardo, 38, principal, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA